

Bibliotecas públicas y divulgación científica

■ ZIPRIANO BARRIO *

La llegada de lo que algunos sociólogos llaman la Sociedad Científica e Informativa arrastra una paradoja que me produce perplejidad. Se trata de una sociedad construida para funcionar gracias al conocimiento (información+aprendizaje). ¿Puede ser viable si rehúsa utilizarlo? ¿Cómo se forman todavía nuestras convicciones? J. F. Revel (*El conocimiento inútil*, Espasa-Calpe) advierte que aún tomamos nuestras decisiones más importantes en medio de tales abismos de aproximación, de prevención y de pasión que luego, frente a un hecho nuevo, husmeamos y sopesamos menos su exactitud que su capacidad para acomodarse o no a un sistema de interpretación, a un sentimiento de comodidad moral o a una red de compromisos. Según las leyes que gobiernan a la mezcla de palabras, de apegos, de odios y de temores que llamamos Opinión, un hecho no es real ni irreal: es *descabable* o *indescabable*. Es un cómplice o un conspirador, un aliado o un adversario, no un objeto digno de conocer. Esta jerarquía sobre la utilización posible del saber demostrable, a veces la erigimos incluso en doctrina; la justificamos en su principio.

En la "Edad de la Ciencia", como dice Francis Agostini (bibliotecario de la Ciudad de las Ciencias y de la Industria de París), la comunicación del saber se organiza en tres distintas esferas: investigación, enseñanza y comunicación pública. Comunicar sus resultados es obligación del investigador. La transmisión institucionalizada de los conocimientos fuera de la comunidad científica se efectúa por la vía pedagógica reglada. Por las vías de la educación informal, el público entra en contacto con los conocimientos producidos por la investigación y el saber práctico.

Hablar de las bibliotecas públicas y la divulgación científica significa, antes que nada, reflexionar sobre qué supo-

ne nuestro oficio dentro de la sociedad de la que formamos parte. Significa preguntarnos, ¿qué nos está pasando de nuevo a los/as bibliotecarios/as?. No olvidemos que aún somos portadores del viejo estilo de almacenistas de libros; que estamos gobernados por una clase política -parte de una generación- poco sensible a favorecer el desarrollo y difusión de la ciencia. El avance experimentado en la última década, con ser importante, no ha hincado el diente con ganas a lo que debe ser nuestro trabajo en el futuro. Ya sin polvo sobre los libros, con instalaciones modernas y luminosas, los primeros ordenadores chisporroteando ante nuestros ojos fascinados, seguimos siendo más acumuladores que comunicadores, más tecnólogos que difusores de la información.

Cada día hay menos posibilidades de encontrar el camino hacia la información y el conocimiento de la ciencia, porque otros avanzan "sobre brazos de gigante", como decía Newton. Si no queremos repetir una generación de analfabetos científicos, es de máxima urgencia pensar y actuar de otra manera. No es el momento de las disculpas. La divulgación científica en las bibliotecas públicas depende del equipo de bibliotecarios/as que trabajemos en cada una de ellas, de las estrategias que sepamos elaborar, de las alianzas que podamos organizar. Es decir, depende fundamentalmente de la dosis de imaginación e inteligencia que seamos capaces de invertir en este nuevo proceso. Inteligencia e imaginación no forman parte de ningún

presupuesto económico ni de ningún programa político, cada cual tiene su cuota, parte que administra, o desperdicia, a voluntad. Es ahí donde nos encontramos, no nos engañemos. De un lado estamos los/as bibliotecarios/as; en el otro, centenares de chicos/as que ven cada día como el listón de sus aspiraciones profesionales es más exigente con la información y los conocimientos científicos que sean capaces de manejar, trabajadores/as de tecnologías avanzadas que necesitan estar al día para mantener un óptimo tono profesional, chavales/as curiosos/as que estimulados/as por la sociedad mediática, merodean sin saber a donde ir con el gusanillo que se les ha despertado. Esta gente no está en los departamentos de la NASA, ni son becados de la Universidad de Princeton, se cruzan con nosotros en la calle e incluso, a veces, pasan ratos en las salas de la biblioteca. Algo se mueve, luego algo habrá que empezar a cambiar, si no queremos quedar para hacer inventarios de libros como quien cuenta ovejas en noches de insomnio y pesadillas.

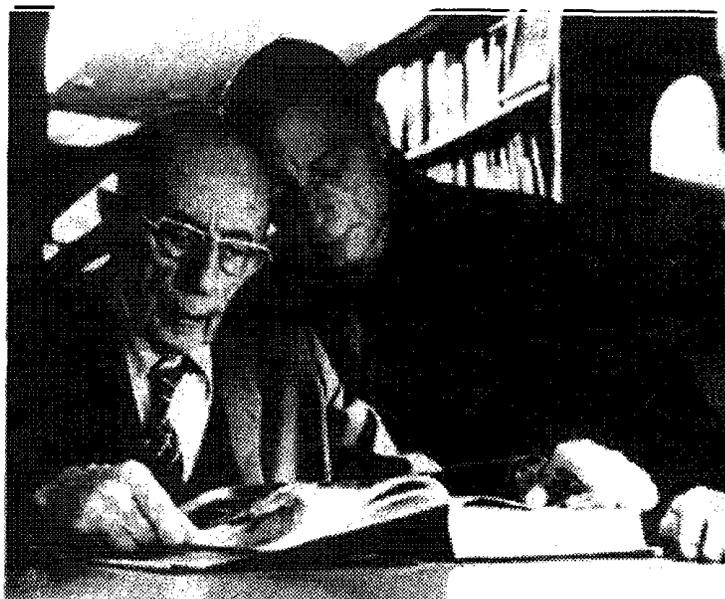
¿Qué cambiar? Por imposible que parezca no hay otro camino: los/as bibliotecarios/as públicos debemos ir abandonando el modelo burocrático en el que estamos encuadrados/as e ir incorporando fórmulas innovadoras de trabajo. En un país donde priman los opositores/as y funcionarios/as, aún pensamos en el escalafón. Tenemos una programación mental donde persiste la división entre los que man-

Sin información y sin formación científica
nos autoexcluimos de las naciones
capaces de elegir su futuro.

dan y los que obedecen, los de arriba y los de abajo. En demasiados casos es fuente de irritación y desencanto, está torpemente organizado, ineficazmente gerenciado, no va con la persona que lo desempeña. Monotonía tras los cristales, en los mostradores y en los despachos... mucha monotonía.

El ser humano, en su definitiva lucha contra lo desconocido, se vio empujado a crear la ciencia, extensión natural de su imaginación y su memoria. Hoy nos encontramos en el punto más alto de ese proceso iniciado hace siglos. Una institución como la biblioteca pública, crucial en el proceso democratizador de la información moderna, difícilmente puede estar en contradicción con la naturaleza de la sociedad crecientemente científica que le rodea. No podemos seguir organizando nuestro trabajo sobre argumentos pre-científicos como la vecindad, la territorialidad, la improvisación, la casualidad, que pueden quedar bien en términos de bullicio y campaneos (¡qué bien nos lo hemos pasado! o ¡cuánta gente ha venido!) pero que hace imposible el rigor y la evaluación de lo que se ha hecho y de lo que resta por hacer (¿ha mejorado, o no, el uso de la información científica?, ¿cómo? ¿a qué estrategias de pensamiento está sirviendo?); hay que ir aparcando rígidas líneas de mando, impuestas por imperativo del escalafón, que impiden sacar partido de la inteligencia, las destrezas y la laboriosidad que cada cual lleva dentro.

Sin necesidad de información científica no hay oficio difusor que funcione. Si para una comunidad es importante la construcción de carreteras, preservar el medio ambiente, atender la biodiversidad, contener la inflación, la ciencia es igualmente relevante. Sin información y sin formación científica nos autoexcluimos de las naciones capaces de elegir su futuro. La divulgación científica, aunque ha mejorado a nivel universitario, no existe en las escuelas e institutos, en las familias, en las asociaciones culturales y educativas, en la pequeña y mediana empresa. Desde las bibliotecas públicas no logramos transmitir a usuarios/as (y no usuarios/as) que los chismes tecnológicos, que tanto consumen y les fascinan, se construyen sobre pilares científicos que tienen su origen no sólo en razones de estructura in-



El cielo sobre Berlín
(Der Himmel über Berlin)
Dir: Wim Wenders
Int: Bruno Ganz, Solveig Dommartin, Otto Sander, Peter Falk, Curt Bois
Fr.-Al., 1987

terna, sino también en factores dinámicos, históricos y filosóficos de la teoría científica.

En la divulgación científica, como en la ciencia, es importante el trabajo metódico y regular para conseguir los resultados apetecidos. La realidad nos ofrece un cúmulo de datos; entre ellos hemos de encontrar los que tienen relación con el asunto que pretendemos indagar. Se trata de determinar la relación entre unas causas y unos efectos partiendo de unos indicios. Para llegar a establecer qué es lo relevante en el trabajo de divulgador científico no existen reglas fijas, ni métodos mágicos. Sólo cabe señalar el trato constante con la realidad que tenemos encima, que nos proporcionará un conocimiento directo de sus características y peculiaridades. Luego viene comprobar si nuestras explicaciones no encierran contradicciones y si se verifican en ella. La ciencia no parece un invento gratuito y etéreo, sino un instrumento para conocer mejor la naturaleza. En el momento de su divulgación es fundamental no olvidarlo. Organizar la divulgación científica dentro de una biblioteca pública, determina la forma en que se organiza el conocimiento de cada bibliotecario/a. Es decir la forma en que nos organizamos entre nosotros mismos. Ya no vale que alguien controle el presupuesto, alguien catalogue los libros y alguien los preste. Cada cual en su cubículo y así que pase otra década. No podemos seguir esperando detrás del mostrador a que la demanda en bruto -arbitraria, ruidosa y desorga-

nizada- se acerque hasta nosotros como si fuésemos dependientes de un supermercado.

Hablaba antes de alianzas y estrategias. Ante tal complejidad, hay que establecer prioridades y decidir, manteniendo la visión de conjunto, quiénes son nuestros usuarios/as. Propongo la comunidad educativa de nuestro entorno, por tener una mayor necesidad de información y de formación científica. Se trata de crear vínculos estables: comisiones, canales de trabajo, que favorezcan conocernos y reconocernos. Impulsar iniciativas para el desarrollo de la divulgación científica en el seno de la comunidad educativa: claustros de profesores, representantes del alumnado, APAs, CEPs, en consonancia con los proyectos curriculares. Para ello, los/as bibliotecarios/as debemos organizarnos en áreas de conocimiento (debidamente coordinadas por el/la director/a de la biblioteca) que sean espacios de reflexión y órganos de decisión por objetivos, con capacidad ejecutiva y evaluadora de sus resultados. Ello permitirá ajustar la oferta en términos de colecciones y de medios: política de adquisiciones, tratamiento de los documentos. La obsolescencia que amenaza a las publicaciones científicas nos debe llevar a delimitar en cada campo un fondo de referencia más permanente y un fondo de actualidad frecuentemente renovado. Es su valor añadido y su flexible localización (centros de interés versus CDU) lo que determina su ciclo de vida.

* Zilprano Barrio es sociólogo y bibliotecario.